

El silbido de una bala y el pitido de un silbato. Suenan a la vez, separados por quinientos kilómetros, cuando todas las miradas del mundo están pendientes de un balón. El silbato señala una falta al borde del área defendida por la selección argentina. La bala señala el fin de los días de un agente destinado en el norte de España. El pitido lo han percibido mil millones de espectadores, todos los que siguen por televisión el partido inaugural del Campeonato del Mundo. El silbido solo lo han percibido el francotirador y su víctima. Ha sido un disparo certero realizado con un rifle de mira telescópica. Menos puntería están teniendo los atacantes argentinos ante la portería de la selección belga. Cuando el guardia civil muere en su garita de vigilancia, con la cabeza reventada por la bala disparada desde la arboleda de enfrente, Bélgica gana por uno a cero a los vigentes campeones. En Barcelona, el Mundial 82 se abre con mal juego y sorpresa en el marcador. Cerca de San Sebastián, los agentes que contemplan el partido encerrados en su

Todas las miradas del mundo

cuartel no se percatan de que, para ellos, empieza con luto. Esta vez no ha sido una explosión bajo el coche ni un ametrallamiento tras una emboscada, a lo que están más habituados. Ha sido algo más discreto y silencioso. Una detonación seca, un silbido como de serpiente, un impacto, un hombre que se desploma en la estrechez de su puesto de observación. Todo muy rápido. Más rápido que el tedioso partido del Camp Nou. Más rápido que la aburrida ceremonia inaugural, que ha concluido cuando un niño ha liberado una paloma blanca. La paloma de la paz se ha perdido en dirección al Mediterráneo. A orillas del Cantábrico, un hombre muere pero no descansa en paz. Su cuerpo se retuerce en la estrechez de un metro cuadrado, de donde sale la sangre que empieza a gotear por las escaleras. Por lo demás, el país es una fiesta.

Aún faltan un par de semanas para que el balón eche a rodar. Aún tienen que morir unos cuantos antes de que le llegue el turno al agente de guardia en Pasajes de San Juan. Nadie piensa en eso, porque forma parte de la rutina de los últimos años. Tampoco piensa en ello el inspector Mainar mientras viaja en tren camino de Málaga. No piensa en los que caerán durante los próximos días, no piensa en que él puede ser uno de elegidos. Piensa en la nueva misión encomendada. Piensa en el Mundial y piensa en un equipo concreto, en uno de los más inadvertidos, en uno de los comparsas, en uno de los que solo pueden luchar por no ser goleados. Piensa en Nueva Zelanda y se le ocurre que es un equipo con muy mala suerte. Es la primera vez que se clasifica para un Mundial y, antes de empezar a jugar, ya ha empezado a perder. Mainar lo piensa con la mirada perdida en el paisaje sin horizonte de La Mancha, levemente adormecido por el suave traqueteo del tren y por la respiración pausada del viajero que seste a su lado.

También piensa que ese viaje camino de Málaga tiene muchos visos de ser inútil, que muy probablemente todo se habrá resuelto en pocas horas. Su experiencia en secuestros, y lo mucho que incomoda a algunos jefes de Madrid, le hace ir de aquí para allá, pero la intuición le dice que la desaparición de un miembro de la delegación neozelandesa acabará en algo anecdótico. Alguien llegado desde las antípodas que se habrá visto envuelto en algún pequeño lío circunstancial. Tal vez algo relacionado con mujeres. Cualquiera puede sentir la tentación de liberarse un poco cuando se encuentra tan lejos de casa, literalmente en el otro extremo del mundo.

Pero una cosa son sus conjeturas y otra los nervios del gobierno ante un acontecimiento que va a poner a prueba la nueva España ante los ojos de todo el mundo. La España que aspira a integrarse en la Comunidad Económica Europea. La España que acaba de incorporarse a la OTAN, de tapadillo, por la puerta trasera, casi por sorpresa, sin hacer mucho ruido hacia dentro y procurando agradar a los de fuera. Hay demasiados nervios en un gobierno que se estrenó con un golpe de Estado y que asiste día a día a la descomposición del partido que lo sustenta, la Unión de Centro Democrático. Demasiados nervios en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Demasiados nervios en el Ministerio del Interior. Demasiados nervios en la Federación Española de Fútbol. Está en juego la imagen del país, su credibilidad,

muchas de sus perspectivas inmediatas. Hay un afán por agradar, por mostrar una imagen competente y seria, por suscitar simpatías en los cinco continentes. Un afán que pasa por evitar cualquier incidencia que provoque una publicidad negativa. La amenaza terrorista estará siempre ahí. El goteo de muertos seguirá. Con eso se cuenta. Pero quedará en un segundo plano. Un policía, un militar, un guardia civil. Seguirán cayendo como de costumbre, pero fuera de España ocuparán poco espacio en los informativos. Tal vez nada. Lo importante es que no muera ningún turista. Y más importante aún, que no suceda nada a las delegaciones de los países participantes.

Ningún país se ha retraído por la amenaza terrorista. Ningún visitante dejará de venir por miedo a los tiros y a las bombas. Tampoco lo harán por la amenaza involucionista. Al fútbol no le asustan los militares. Solo hay que recordar que el Mundial anterior se jugó en la Argentina de Videla y su Junta Militar. El fútbol se adapta a todo. Y al lado de eso, que alguien de la delegación que acompaña al equipo de Nueva Zelanda, alguien que ni siquiera es un jugador, lleve un par de días sin dar señales de vida no parece un asunto mayor. En el fondo no es raro que alguien venido de tan lejos se extravíe. Llevará el sueño cambiado. La inevitable sensación de vivir al revés. Recién salido de las vísperas del invierno austral para meterse de golpe en aquella primavera calurosa y húmeda del sur español.

Todas las miradas del mundo

Mainar recuerda la conversación telefónica que, antes de partir de Madrid, ha mantenido con su colega malagueño, el inspector Navas:

— Aparecerá borracho en cualquier bar y habrás hecho el viaje en balde. — Eso es lo que intuye Navas.

— Han pasado cuarenta y ocho horas. Mucha borrachera es eso.

— Ya sabes cómo beben por esos países.

— No creo que sea el caso. No pienses en los *hooligans* británicos. Este tiene otro perfil y además es de Nueva Zelanda.

— ¿Y qué sabemos de los neozelandeses? Al fin y al cabo, otra colonia británica.

— Están tan lejos que no sabemos casi nada.

— Sabemos que son malos al fútbol.

— No tan malos si se han clasificado para el Mundial.

— Es la primera vez que lo consiguen, y en su grupo de clasificación no se puede decir que la competencia fuera muy dura.

— No los condenes de antemano. En todos los campeonatos hay un equipo revelación.

— Por lo que he leído de ellos, no creo que vayan a ser estos.

Mainar recuerda esas palabras mientras abre la carpeta que le han entregado antes de salir de Madrid. Ahí figuran los datos de la persona a la que tiene que buscar: John Dammers, adjunto al responsable de las relaciones

con el Real Comité Organizador del Mundial. A Mainar le han explicado que todas las delegaciones tienen a alguien que sirve de enlace entre las selecciones y el comité organizador. Para cualquier necesidad, para cualquier imprevisto, para la logística, para la intendencia, para resolver problemas sobre la marcha. Suele ser alguien de la federación correspondiente, aunque en algunos casos también pueden ser personas contratadas para la ocasión. No sabe cuál es el caso de Dammers. Además, no es el responsable; no es el enlace, solo su adjunto. Mainar supone que es un mero ayudante. No descarta que se trate de alguno de los muchos que han sido colocados de relleno en las diferentes delegaciones, por amistad, por algún favor, por regalarle unas vacaciones en España. Se le perdió la pista tras alquilar un coche en Marbella, cerca del hotel donde se aloja Nueva Zelanda. Al parecer, no dijo adónde iba. Joven, un metro ochenta de alto, de complexión normal, pelo color castaño. Habla varios idiomas, aunque en el informe no se especifica cuáles. Tampoco ha aparecido el coche. El informe recuerda que en Nueva Zelanda se conduce por la izquierda.

Londres, mes de enero. Un funcionario recorre los pasillos de un edificio oficial. Lleva un papel en la mano. Se detiene ante una puerta, llama con los nudillos, la franquea cuando desde el otro lado le invitan a entrar. Al asomarse, muestra el papel al hombre que lo recibe:

—Ya tenemos los resultados del sorteo.

—¿Y?

—Nuestro hombre está de suerte: le ha tocado en la Costa del Sol.

—Bien. Si no logra escapar, por lo menos regresará a Moscú bronceado.

—O derretido, ya sabe cómo es el verano español.

—¿En qué ciudad lo tendremos?

—Les ha correspondido la sede de Málaga, aunque también tendrán que jugar un partido en Sevilla.

—¿Quiénes son sus rivales?

—Brasil, Escocia y Nueva Zelanda.

—Pues quizá de ahí salga el campeón.

Todas las miradas del mundo

—Brasil es cabeza de serie y jugará todos sus partidos en Sevilla. La Unión Soviética, Escocia y Nueva Zelanda jugarán entre sí en Málaga y se desplazarán a Sevilla cuando les toque jugar contra los brasileños.

—Entonces Málaga es nuestro sitio. Allí hay que contactar con él.

—No será fácil, ya sabe cómo son los soviéticos. Por cada miembro de la delegación viajará un comisario político. Puede incluso que algún futbolista también lo sea. Y el médico del equipo será de los más vigilados.

—Nuestro hombre no es médico.

—Entendí que era quien llevaba el control médico de los jugadores.

—Sí, pero no es médico. Es químico, o farmacéutico, da igual. Es quien los droga.

—¿Cómo dice?

—Es el especialista en dopaje. El que les hace correr como gamos cuando los demás están por los suelos. Un tipo formado en la República Democrática Alemana. Allí tienen a los mejores especialistas del bloque soviético. ¿Ha visto esas atletas a las que solo les falta la barba para parecer hombres? Las fabrican con técnicas de allí. Todo vale para ganar medallas.

—¿En el fútbol también?

—En cualquier deporte. Lo tienen más fácil en el atletismo, porque se compite de forma individual; y más difícil en el fútbol, porque además de músculo hace fal-

ta técnica, visión, fantasía. Pero también hay que correr y para eso todo vale.

—¿Y sabemos por qué quiere dejar un puesto de privilegio en su país?

—Me temo que allí están ahora para pocos privilegios. Entre la guerra de Afganistán y la enloquecida carrera de armamentos en la que los ha metido Reagan, su economía está por los suelos. En Moscú escasean los alimentos básicos. Los ciudadanos hacen horas de cola, pero ni eso les garantiza adquirir huevos, leche o mantequilla. A cambio, prolifera un mercado negro manejado por funcionarios corruptos. ¿Usted no querría salir de un lugar así?

—Seguramente.

—En cualquier caso, siempre hay que mantener un punto de desconfianza. Este hombre contactó con nuestra gente en Moscú y se ofreció para contarnos todo lo que sabe de dopaje a cambio de ayudarlo a escapar, pero mantengamos abierta la duda sobre sus verdaderas intenciones hasta que sepamos algo más de él.

—Entonces, ¿cuál será la misión en España?

—Lo primero, aproximativa. Veámosle, exploremos la sinceridad de su propuesta y, si se considera conveniente, el día que los rusos vuelvan a casa eliminados, hagamos lo posible por que él se quede a buen recaudo en España.

—¿Y si la Unión Soviética llega hasta la final?

—Mejor, así tendremos más tiempo para trabajar.

Todas las miradas del mundo

—Supongo que, tal y como ha resultado el sorteo, lo ideal sería que infiltráramos a alguien del departamento en la delegación de Escocia para facilitar la aproximación.

—No creo que sea la mejor idea. Inmersos en una competición deportiva, y más si también la disputa Inglaterra, los escoceses son demasiado escoceses. Ya me entiende. Estarán centrados en salvar el orgullo local. Muy concentrados en sí mismos. Mal sitio para encajar a un intruso. ¿Por qué no lo hacemos con Nueva Zelanda?

—¿Nueva Zelanda? Eso queda fuera de nuestro alcance.

—No tanto. ¿Quién es el jefe de Estado en Nueva Zelanda?

—¿La reina?

—Exacto. Es un país de la Commonwealth y nos debe algunos favores. Recuerde que muchos países africanos se retiraron de las olimpiadas de Montreal por las relaciones deportivas de Nueva Zelanda con Sudáfrica, y que hemos tenido que mediar mucho para que no creciera ese boicot en otros ámbitos. Por otra parte, es un país muy discreto. Tan lejos de todo que, salvo que se trate del rugby, nadie se acuerda de ellos.

—Entonces, ¿cuál es su plan?

—Supongo que tendremos algún hombre en el Alto Comisionado Británico en Nueva Zelanda.

—Seguro. Desde allí controlamos parte del Pacífico.

—Pues estará ocioso, porque allí nunca pasa nada...

—Bueno, tenemos a los franceses y sus pruebas nucleares.

—Lo que yo le digo, estará ocioso. Miremos a ver quién hay y coloquemosle unas semanas en España.

—De acuerdo. Empiezo a trabajar en ello.

—Por cierto, ¿a los nuestros dónde les ha tocado?

—En Bilbao. Mala suerte.

—¿Por qué mala suerte?

—Por los vascos, ya sabe, son muy amigos de los irlandeses.

—¿Los vascos, amigos de los irlandeses?

—Sí, claro, el IRA y ETA mantienen relaciones muy estrechas.

—Eso no quiere decir nada. Los vascos a quien realmente admiran es a Inglaterra. ¿No ha visto su bandera?

—No la recuerdo. ¿Por qué?

—La bandera vasca es una copia de nuestra Union Jack. Los nacionalistas vascos aman todo lo inglés, porque Inglaterra es el gran enemigo de España. En la Guerra Civil, mandaban a sus hijos a Plymouth para ponerlos a salvo. Y en el fútbol son especialmente anglófilos. Sus equipos son una copia de los nuestros.

—Lo desconocía.

—En Bilbao vamos a estar como en casa. ¿Quiénes son nuestros rivales?

—Francia, Checoslovaquia y Kuwait.

—No está mal. A lo mejor también pescamos a algún disidente entre los checoslovacos.

Lo que más le molesta a Josu del sur es el flamenco y una alegría que le parece fingida, exagerada, poco sincera. Desconfía de los andaluces y no le gusta su música. Por lo demás, se adapta a todo. Ningún problema con el clima. No viene mal un poco de calor cuando se ha pasado toda la vida en la humedad de Ortuella, bajo las interminables lloviznas de Vizcaya. Casi toda la vida. En realidad, el primer año y medio lo pasó en Guardo, al norte de Palencia, donde nació, pero de allí no le queda ningún recuerdo. El único recuerdo son sus padres, empeñados en seguir llamándole Jesús, como el abuelo cuyo nombre heredó en el bautizo. Ya es inútil pedirles que le llamen Josu, que le llamen como le llaman todos sus amigos, como le conocen en el pueblo, como le llama su novia, su cuadrilla y los compañeros de la Organización. Aparte de con sus padres, solo se prestó a ser Jesús otra vez para la mili, para aquellos interminables meses que pasó en Bobadilla, cerca de Málaga, donde ahora se encuentra esperando a los dos compa-

ñeros que, con él, completarán el comando. Los dos compañeros que le ayudarán a ejecutar la acción que lleva años pensando. Ya es el momento. Por fin la Organización aceptó su propuesta. Los de arriba admitieron que podría ser una buena idea hacer coincidir la acción con el Mundial. Josu piensa lo mismo.

Lleva días en Málaga. Se adelantó para preparar la infraestructura básica. Ya dispone de un piso discreto y de un garaje en las afueras donde guardarán el coche en el que han de llegar sus compañeros y el material: dos RPG, lanzagranadas de fabricación soviética que llevan horas atravesando España por carreteras secundarias. Ni siquiera Josu sabe por dónde se desplazan. Solo sabe que el material atravesó los Pirineos sin problemas, que llegó en perfecto estado desde Francia, que sus compañeros lo han recogido y que tiene que esperarles junto al campo de fútbol. Llegarán en un coche matrícula de Logroño, un Renault 12 azul, un coche discreto, con buen maletero. El coche que ocultarán en el garaje que ha alquilado. El coche en el que llegarán Mikel y Mario. Al primero todavía no le conoce. A Mario sí. Es de Gallarta, cerca de su pueblo, y ya ha compartido con él algunas acciones. Es de fiar. Un buen camarada. Josu le aprecia y seguro que no tardará en apreciar a Mikel; en cuanto le conozca. Seguro que forman un buen *talde*, pero siempre echará de menos a Kepa y Juanan. Siempre los recordará. Siempre dará todo por ellos, por su memoria, por seguir su ejemplo. Kepa y Juanan dieron su vida por

Euskadi. Josu sabe que hace falta sangre y tiempo para liberar un pueblo.

Kepa y Juanan captaron a Josu para la Organización. Ellos le adiestraron. De ellos aprendió lo básico para moverse en la clandestinidad. Con ellos participó en sus primeras acciones. Con ellos habló de cómo sería una Euskadi unificada, independiente, socialista y *euskaldun*. De cómo celebrarían ese día. De cómo los sueños se harían realidad.

Mientras aprendía a preparar explosivos, mientras afinaba su puntería en el bosque, mientras esperaban agazapados en la oscuridad para atacar a las fuerzas españolas de ocupación, a los *txakurras*, hablaron de un país nuevo, de una sociedad nueva, de un mundo nuevo. Lo imaginaban tan cerca que casi les parecía tocarlo. Pero Kepa y Juanan ya nunca lo verían, y Josu se sentía en la obligación de luchar por ellos, de intensificar sus esfuerzos para cumplir los objetivos de sus compañeros. Después de todo, él fue el último que los vio con vida.

Josu no puede olvidar aquella noche. Sabe que convivirá siempre con ello. Josu no puede olvidar que se salvó de casualidad. Pronto hará tres años.

La Organización había ordenado atacar a los medios de propaganda españoles. La televisión era el primer objetivo. La televisión y los camellos eran los grandes enemigos de la juventud de Euskadi. La televisión y la droga eran armas del Estado Español para amaestrar a los jóvenes vascos. Varios *taldes* se centraron en ejecutar

a traficantes. El grupo de Josu se encargó de los repetidores de televisión.

Josu no puede olvidar aquel día. Aquella noche. Los españoles todavía no habían mandado al ejército a proteger sus instalaciones de televisión. Todavía estaban desconcertados y era fácil actuar en los montes, en los parajes solitarios donde se alzaban las antenas. Kepa, Juanan y él se dirigieron a uno de aquellos repetidores ubicado en un remoto paraje entre Guipúzcoa y Navarra. Dejaron el vehículo en una pista forestal, cargaron con el explosivo y echaron a andar monte arriba. Apenas habían caminado diez minutos cuando Juanan preguntó quién llevaba la ikurriña. Por aquel entonces era habitual dejar una bandera en cada lugar donde se ejecutaba una acción. Dejarle bien claro al enemigo que aquello pasaba a ser territorio conquistado. Se dieron cuenta de que habían olvidado la ikurriña en el coche y Josu se ofreció a volver por ella. Lo hizo por militancia, por compromiso, por espíritu de sacrificio. Lo hizo por ahorrarles el paseo a sus compañeros, pero la casualidad quiso que, además, su gesto sirviera para salvarle la vida.

Cuando apenas había retrocedido quinientos metros, Josu escuchó una fuerte explosión. En el silencio del bosque sonó como si el mundo entero se hubiera quebrado por la mitad. No podía ser que sus compañeros hubieran reiniciado la marcha hasta llegar al repetidor y volarlo. No había transcurrido tiempo suficiente para ello. Josu tuvo un mal presentimiento y corrió ha-

cia donde había dejado a Kepa y Juanan. Los encontró reventados. A la luz de su linterna, solo vio vísceras y pedazos. Trozos de sus compañeros esparcidos entre los árboles. Sintió pánico, sintió horror, sintió odio. Algo había fallado en el mecanismo del explosivo, pero a los ojos de Josu aquellas muertes eran otro asesinato del Estado Español. Kepa y Juanan no habrían muerto si no se hubieran visto obligados a luchar por la liberación de su pueblo, del pueblo vasco, de los caseros, los obreros y los *arrantzales* de Euskal Herria. Josu escapó corriendo. Ya nada podía hacer por sus compañeros. Escapó a trompicones por una oscuridad que el bamboleo de la linterna apenas aclaraba. Escapó tan destrozado por dentro como sus compañeros habían quedado destrozados por fuera. Escapó jurando que dedicaría cada día de su vida a vengar la muerte de Kepa y Juanan. Y ahora en Málaga tenía una nueva oportunidad de hacerlo.